

Las ofrendas de la noche

Estoy enamorado de la mujer que guarda en sus ojos la llave de la noche, más o menos dice así un verso de un poeta cuyo nombre anda extraviado en esa otra noche interminable llamada olvido.

Desde los tiempos primigenios ese manto profundo que nace en el ocaso de los días y se diluye con las primeras campanadas del alba ha suscitado el interés febril, casi místico, de una gran cantidad de personas y soñadores de mundos.

Usualmente se ha asociado a la noche con el amor furtivo, con los artilugios de augures y de brujas, y con el puñal color de ceniza que aguarda en las esquinas de la ciudad, donde al amparo de las sombras todo puede ocultarse.

Para los antiguos, la noche era el despertar de las fogatas de las deidades que en el cielo plantaban sus tiendas. Para los románticos era la substancia que alimentaba todos los sueños y ensueños, y para los astrólogos una ruta misteriosa que trazan los rayos perdidos en los confines de la noche cósmica.

En las Mil y una noches Sheerezada narró sus cuentos al amparo de los astros para conservar intacta la materia de sus días y de su corazón. El mitólogo Robert Graves cuenta que para algunas culturas la noche es el ámbito natural de la Diosa blanca, siempre cambiante en los vastos espacios de la oscuridad sin límites.

Sandokan, el aguerrido y nostálgico tigre de la Malasia, condujo sus prahos por el oleaje incierto de las noches en cuyo centro la perla de Labuán, iridiscente de amor, brillaba como un lucero entre sus cabellos de oro.

Dicen que la luna llena es la Diosa roja del amor y de la batalla, que la luna vieja es la Diosa negra de la muerte y de la adivinación, y que la luna nueva es la Diosa del crecimiento y de la fecundidad; como sea, lo cierto del caso es que los rostros de la Diosa blanca se revelan solamente en las noches.

León De Greiff se declaró hijo de la noche tenebrosa y tímida a la cual llamó "Dulce Ofelia despetalando flores", urna de todos los olores y Lady macbeth, azarosa asesina.

José Asunción Silva, de ojos profundos y melancólicos, y asistido por el ladrido de los perros lejanos, percibía en los cielos azulosos de las altas madrugadas un murmullo de músicas de alas.

La noche se asemeja a un infinito fenómeno universal, a una presencia inmensa que se impone a la naturaleza entera. Ella lo envuelve, oculta y penetra todo, al igual que un amante que en el cuenco de sus manos nos ofreciera todas las estrellas para embriagarnos de un sorbo.

Pese a la poética de la oscuridad, la verdad es que la noche tiene su verdadera parte oscura: macerada de luces, músicas, gente y desolaciones, la noche se levanta como una ráfaga furiosa que cubre a la ciudad con su manto fúnebre, justo allí donde la vida baila entre cristales rotos al igual que una danzarina ciega.

En la oscuridad resguardan puñales, relámpagos de metal bajo la desierta claridad de los astros precarios de las calles. El signo trágico de la noche escrito está en las puertas de los bares y en los baños astrosos, también, bajo los puentes que se extienden como gatos sonámbulos sobre los suburbios, y en los parques donde aguardan los noctámbulos.

No obstante yo sigo atraído por la noche, sobre todo después de la lluvia lenta del amanecer cuando me doy a caminar por las calles en busca de los espejos nimbados de estrellas, justo allí donde se pueda besar la ofrenda de la noche.

Por Jamil*

* Seudónimo utilizado por el autor. Docente de la FUCN.